

Árbol de flores blancas

José Espinoza Castro

Image not found.

Capítulo 1

Una a una las gotas resbalan por la ventana del apartamento y a lo lejos el sonido de los motores de los camiones de carga rugen como bestias salvajes. El aroma del café llega lentamente a mi nariz, inundándola de una ansiedad de dar no sólo un sorbo a un elixir que despierta, sino también un elixir que da un placebo de espíritu. Es fundamental en este lapso de mi vida que crea en cosas estúpidas. Esto me distrae de mis más profundos recuerdos. La música ambienta la sala donde me encuentro y opaca un poco los truenos que se escuchan a lo lejos. Parece que será una noche muy lluviosa. No me he considerado nunca muy bueno para escribir. En realidad no me he considerado muy bueno para muchas cosas. Puedo escuchar en el fondo de mí cabeza el eco de tu voz que me trata de convencer de creer en esa maravillosa persona que creíste que soy. La verdad nunca nadie más me ha llegado a querer como tú lo hiciste. Ni ver mis ojos con tanto amor como los tuyos llegaron a hacerlo.

Una a una las gotas parecen cesar por momentos, y en ocasiones resplandores se observan por la ventana, iluminando el paisaje exterior que ha sido inundado de penumbras. Se alcanzan a distinguir las siluetas de los árboles que tapizan el horizonte y pienso, pienso en salir al balcón para sentir una a una las gotas que caen. Y poco a poco, que mi cuerpo se vaya entumeciendo, lentamente sentir que un temblor se apodere de mí, y hacer esto sin ningún fin, sólo para poderle dar forma física a mi pesar. Aún recuerdo cuando estábamos bajo la lluvia. Huiste molesta sin importar que te mojaras, huiste molesta con esa cara, incitándome a seguirte y tomarte, tomarte y hacerme sentir que eras mía. Aún recuerdo ese beso. Demasiado diría yo. A pesar que muchas veces nuestras juguetonas discusiones eran por mi mala memoria, ahora pareciera un recuerdo más presente que mi propia niñez.

Una a una las nubes resplandecen más y más tras la ventana. El árbol donde confesamos nuestro amor, solía verlo en ocasiones, cuando pasaba por ahí. Sus flores blancas aún florecen cada verano. Decías que florecían celebrando nuestro amor. Verdaderamente te amé ese día. Nos besamos mucho. Oprimí con fuerza tu cuerpo contra el mío sobre la vieja puerta de esa casa abandonada, sin miedo a que nos vieran, nos besamos tanto como si mi corazón dejara de latir en el instante en que mis labios se separaran de los tuyos. La canción que ahora suena en la sala, te la canté muchas veces en nuestros paseos por las afueras de la ciudad, logrando que me regalaras tus mejores sonrisas espontáneas de tu virginal juventud. Creo que no es necesario que escriba que te voy a extrañar. Pero siempre he dicho que no soy lo mejor. Por mucho que te hayas enfadado conmigo, sabes que tenía razón. Sabes que mereces más que mi pobre amor. Mereces siempre lo mejor. Trataré de no escribirte más, aunque realmente no hay destinatario para esta carta. Eres un fantasma más de lo que queda de mi pobre alma. Me despido para siempre con

nuestra vieja firma.

Siempre tuyo.